

# HARO TEGLEN

## EL VOTO DE HANOI

Los mecanismos de cualquier paz negociada son siempre lentos y difíciles. Tienen una característica: cuando se ponen en marcha, ya no se detienen. Puede decirse que cuando una guerra está amenazada por la posibilidad de una paz ya no es la misma guerra. Es una guerra enferma, desfalleciente. Sus actores actúan con desgana; nadie quiere tener el triste honor de ser la última víctima. Las motivaciones de la guerra comienzan a ser borrosas e inseguras; la propaganda que las ha exaltado empieza a transformarse en la propaganda de las ideas de la negociación. Es difícil combatir cuando se sabe que la decisión de un combate y el sacrificio que supone no son decisivos para la solución. Se puede hacer un breve recordatorio de las etapas de la paz en Argelia. En junio de 1958, De Gaulle recibió los plenos poderes de la Asamblea Nacional. Inmediatamente comenzó a emitir fórmulas de arreglo para una guerra que duraba ya cuatro años. Las negociaciones directas no comenzaron hasta mayo de 1961 y duraron hasta marzo de 1962: diez meses. El referéndum se celebró cuatro meses después, en julio de 1962, y fue entonces cuando Argelia se convirtió en estado independiente. Durante estos cuatro años de intentos se produjeron toda clase de acontecimientos espectaculares, desde la proximidad de una guerra civil en Francia hasta el cambio de dirección en el FLN argelino.

La esperada paz en Vietnam no va a escapar a este mecanismo probablemente. Se ha iniciado un proceso delicado. Los Estados Unidos tienen cierta urgencia en resolver su situación, que es crítica. Esta urgencia se revela en la rapidez con que han sacrificado a los tres personajes en quienes se representaba la imagen de la guerra: McNamara, Westmoreland y, finalmente, Johnson. Johnson es ahora más que nunca una máscara, una marioneta que habla con la voz impostada de otros. Ya se va. Está apurando el cabo de vela de su historia política. Trabaja para otros. Para su sucesor: probablemente el ambicioso y voraz senador Robert Kennedy. Parece ahora justo y razonable pensar que Kennedy no se ha lanzado a la lucha electoral, como se creyó, impulsado por el triunfo electoral de McCarthy en las elecciones primarias de Wisconsin, sino movido por un mecanismo más profundo; porque en ese momento se decidió la «purga», la «eliminación» de Lyndon Johnson. A éste va a corresponder la ingrata tarea de desmontar la máquina de guerra que él mismo ha construido. Ya lo está haciendo. El martes 16 ha realizado por fin su viaje a Honolulu, interrumpido dramáticamente la semana anterior por el asesinato de Martin Luther King. Después de un recogimiento pascual en su rancho de Tejas —se asegura que Johnson va a convertirse al catolicismo oficialmente en cuanto abandone la Presidencia—, Johnson ha ido a cumplir la difícil tarea de explicar a sus aliados que les abandona. Probablemente haya utilizado palabras que signifiquen lo contrario; la realidad es que les abandona, después de haberse abandonado a sí mismo. De Gaulle fue a Argelia y en la plaza pública exclamó ante los colonos una frase que fue histórica: «Je vous ai compris!». En ese momento tenía ya decidido abandonarles. Ninguno de aquellos millares de personas que le aclamaron entonces vive ya en Argelia. Ninguna de sus propiedades, de sus intereses, son ya suyos. Muchas vidas se perdieron. Probablemente la política en estos tiempos necesita de este angustioso cinismo.

La diferencia en el caso de Johnson es que no va a recoger personalmente los frutos de la paz, como pudo hacerlo De Gaulle. No creo que las verdaderas negociaciones, las que determinen el final auténtico de la guerra y la nueva fisonomía del Vietnam, vaya a conducir las él, sino su sucesor. Tengo la sensación de que en el ánimo de los vietnamitas está arraigada esta idea de negociar con otro, que las aperturas hechas por Johnson sólo han sido inicialmente aceptadas por la simultaneidad del anuncio de su retirada y que, incluso, se puede sospechar que todo ello haya constituido una especie de pacto

secreto, de acuerdo previo, de condición preliminar: que Johnson desaparezca para que la paz sea posible. Johnson no es un interlocutor válido. Johnson es un hombre que se puede volver atrás, tralcionar su política. Lo hizo ya en las elecciones de 1964: de candidato pacifista saltó a ser Presidente belicista.

Los movimientos del Vietnam en esta actualidad son enormemente interesantes. Parecen suponer una altísima capacidad política de sus dirigentes. El Vietcong se ha apresurado a aceptar la débil apertura hecha por Johnson —débil en sus palabras, profunda en sus actos— cuando todo parecía indicar que no debía hacerlo. El enemigo —los Estados Unidos— están atezados por una triple crisis enormemente grave —el dólar, los negros, la guerra—; militarmente, su ofensiva les había dado una fuerza nueva; psicológicamente, dentro del Vietnam y en su proyección mundial, una fuerza aún mayor. ¿Por qué aceptar ahora unas conversaciones cuando ni siquiera se les ofrece la garantía que consideraban como imprescindible, el cese total e incondicional de los bombardeos sobre Vietnam del Norte? No parece que haya más que una respuesta. Vietnam sabe que en esta crisis de los Estados Unidos se está decidiendo entre dos caminos opuestos, entre la guerra desencadenada y sin límites y la paz definitiva. Esta opción, por las fechas del calendario constitucional, tiene una forma electoral: el partido republicano, con el belicista Nixon como candidato que parecía inevitable —si no se produce ahora una reconversión pacifista del partido— significaba la guerra a ultranza, la transformación de todo el esfuerzo económico de los Estados Unidos en un esfuerzo de guerra. El partido demócrata, sin Johnson, es un partido de paz. Lo es con Kennedy —si es voraz y ambicioso, esos impulsos políticos se ejercen en el sentido de la paz—, lo sería con Eugene McCarthy —que más bien parece, por ahora, una gran ilusión perdida—. Parece claro que la respuesta positiva de Vietnam a Johnson tiene primordialmente un objetivo: aprovechar la coyuntura y apoyar al partido demócrata en las elecciones. Hacer que el pueblo americano comprenda que la paz es posible y que los demócratas —Kennedy o McCarthy— son los únicos que pueden conseguirla.

A esta luz se puede ver con mayor claridad lo que la prensa mundial de estos días llama «el misterio de Khe Sanh». Es decir, la explicación de por qué la base americana irremisiblemente condenada, con sus seis mil soldados dentro, ha sido repentina y fácilmente liberada. Ciertas explicaciones simplistas y desmayadas —la peste bubónica, la fuerza de la aviación americana— carecen de valor. La realidad es que los sitiadores han abierto sus tenazas y que los partes oficiales americanos no han emitido ningún grito de victoria y de entusiasmo: se han limitado, discreta y moderadamente, a constatarlo. Una vez más, como si hubiese un pacto, un acuerdo secreto entre los dos enemigos. Convertir Khe Sanh en Dien Bien Fu probablemente no habría dado —o podía no haberlo dado— el mismo resultado que en la guerra contra Francia: podría haber favorecido las tesis belicistas americanas. Liberarlo es un voto más para el partido demócrata.

La impresión es la de que, al margen de la discusión pública sobre cómo y dónde se han de iniciar unas conversaciones, debe haber ya como unos contactos, directos o indirectos, entre los beligerantes, que van marcando las etapas de la paz. Mientras tanto, la guerra prosigue. Abrams —un tanquista de Patton, un general de la escuela ruda— sustituye a Westmoreland; Goodpaster será su segundo —el puesto que él ocupaba junto a Westmoreland—; Goodpaster es un «general pensante», un hombre que ha combatido poco, que ha pasado por las universidades y ha desarrollado su carrera en las oficinas del Estado Mayor. McCain sustituye al almirante Sharp en el mando de las fuerzas navales: es un submarinista duro, cuyo hijo, aviador, está prisionero en el Vietnam. Son los hombres que van a seguir la guerra. Pero la guerra ya no es la misma.